

EL CERVANTINO

SUSCRIPCIÓN

Elche, un mes 0'30 ptas.
Resto España, trimestre 1'25 »
Extranjero, trimestre . . . 1'50 »

AÑO I  NÚM. 4

ELCHE 30 MAYO 1920

Redacción y Administración

Dr. Esquerdo, núm. 16, donde
se dirigirá toda la correspondencia
No se devuelven los originales

Agitación social

El eco ensordecedor de angustia inaudita y de dolor agónico que de uno y otro confín de España acogen y nos hacen ver con gruesos caracteres los grandes rotativos, nos dice elocuentemente que el actual momento histórico de la Nación es el más difícil y agudo que han conocido las generaciones.

Y tales proporciones van adquiriendo las fuerzas dinámicas y centrífugas que tienen en estado embrionario a este fenómeno social, quese agigantan más a medida que el malestar cunde y el descontento reina por doquiera.

De Avila y de Orense, de Valencia y de Barcelona, de Peñarroya y de Puertollano, llegan hasta nosotros noticias fidedignas de que, la inmensa falange de obreros organizados que constituyen los distintos colores del sindicalismo moderno, defienden con heroísmo estoico unos céntimos de aumento en sus salarios que el egoísmo de las grandes empresas les regatea y que la usura del capitalista avaro les escatima.

Producto de esta lucha de clases y consecuencia de tan anó

malo estado de cosas que impera por todos los ámbitos de nuestra península, es la amenaza de ese negro y apocalíptico fantasma del hambre que tiene en sus tentáculos el hilo de la existencia de miles de hogares humildes y millones de seres escualidos.

Y ante esta convulsión de elementos sociales antagónicos, el Gobierno español que es la suprema autoridad moral del país, no se preocupa en buscar la solución ni halla la fórmula de armonizar las partes en pugna, y contempla, paradisiaco, el abuso desenfrenado de los de arriba y ahoga con todos sus recursos el grito lastimero de los de abajo, la voz de los que han hambre y sed de Justicia.

MARCIAL TORRES.

De las cartas de un amigo

La diosa alpargata

«Me entero con plena satisfacción de que ahí, mis paisanos, han decidido sumarse con entusiasmo al popular y formidable movimiento pro alpargata y a fe que esta decisión has de saber—amigo confidente—lle-

gó a preocuparme de veras cuando aquí, en Madrid, surgieron los primeros chispazos de esta recia campaña contra las botas caras.

Entonces, fíjate, cometí la tontería de reflexionar un poquito y fruto de mis reflexiones fué el que me dijese a mi mismo: ¡Caray! he aquí un problemita para el tranquilote de mi Elche cuando se vea en el caso de haber de secundar esta insurrección antizapateril. Porque si el pueblo hubiese sido eminentemente alpargatero, la protesta caería allí como pedrada en ojo de boticario; pero como dá la pícara coincidencia de que casi una mitad de aquella rica industria está dedicada a la construcción del zapato, tendremos que si se adopta el colectivo uso de la alpargata en ese sentido menospreciativo del curtido que ahora se le da, los individuos del Ramo de la Piel se enfurruñarán con razón y la ciudad perderá su quietud beatífica debido a que «alpargatistas» y zapateros llegarán a promover colisiones que sabe Dios hasta qué extremos de violencia y de perdición podrán conducirles. ¡Chico, qué atroz y qué lamentable veía yo todo esto!

Sólo me consolaba la idea de que, en virtud de tales circunstancias, dejasen los illicitanos de intervenir en esa lucha contra los explotadores y

se mantuviesen en una sensata y rigurosa neutralidad...

Al saber que el uso del económico y cómodo calzado se había impuesto ahí en franco y general desbordamiento de blanquísimos y gentiles vivas a la alpargata, naturalmente, se acabaron mis preocupaciones y se desvanecieron mis inquietantes temores. ¡Gracias a Dios!

Y es que ¡inocente de mí! no consideré el asunto en su doble aspecto de protesta y de novedad; porque si llego a concebir que el justo espíritu de defensa podía constituir una moda, me habría ahorrado mi preocupación e intranquilidad puesto que, tratándose de una novación, ya se sabe: ¡hasta los zapateros la adoptan y se suman a la protesta!

Por la transcripción,

J. J. C.

Mis ilusiones

A...

Un apartado desierto
lleno de paz y de calma;
un bosque, donde no lleguen
las pasiones insensatas,
y que solo me' perturben
los pajarillos que cantan,
y las caricias del viento
que juguetea en la hojarasca,
y riza de la laguna
las térsas, límpidas aguas,
que el cielo puro, sereno
y azul, copian y retratan...
mucho luz, mucha alegría,
mucho quietud, mucha calma,
y oiga cánticos muy dulces...
como de soñadas hadas,
y una mujer que me quiera
y cure todas mis llagas...
esas son mis ilusiones
¡mis ilusiones ansiadas!

ANGEL VALERO DÍEZ.

Elche 24-5-920.

DE LA VIDA QUE PASA

Magdalena

A la simpática señorita
Magdalena Chorro.

...Y siempre que la encontraba la miraba muy fijo; y ella llegó hasta comprenderme, y los dos nos mirábamos mutuamente; yo por que me alegraba la hermosura de aquella mujercita de rubios cabellos; ella... como si quisiera preguntarme el motivo de que yo la mirase.

Sentía grandes anhelos de llegar hasta ella, a hablarla, que ella me correspondiese tan cariñosa y risueña, como lo era, para poder decirle francamente que admiraba su belleza, que en mi mente se había forjado la ilusión de que aquella mujercita, todo beldad, era una niña ideal, y tenía para mi un símbolo, un recuerdo, como la princesita enamorada, de aquel cuento de hadas que leí un día y que se quedó grabado en mi pensamiento.

Magdalena, la de los ojos azabache, la de los labios de rubí, la del cuello de alabastro, la niña ideal, la que adornaba su cuerpecito de figura sin igual con el gracioso trenzado de su cabello que prendía cual brecha de oro sobre su espalda y que ella, recogéndolo con sus manecitas de nieve y rosa, llevábalo sobre su pecho, descansando sobre su corazoncito de angel, el monísimo y sedoso lazo que tantas veces variaba en colores tan atractivos.

No encontraba nunca motivo para poder escuchar de cerca las dulces palabras de aquella mujer que tanto era de mi agrado; pero así como arrastrado por el azar, y por influjo de mi mente diabólica, llegó un día en que motivó uno de mis

torpes trabajos el aplauso que felizmente recibí de un pueblo compuesto mayormente de amistades mías, y ella, mujer aristócrata, señorita educada con finos modales, sintió ansias de felicitarme. Y así lo hizo, una de las veces que en aquel círculo adornado de flores nos volvimos a encontrar, y al cruzar ante ella, sentí una voz que pronunció mi nombre; me volví al momento y si... era ella, la mujercita que tanta ilusión sentía por hablarla. Me acerqué, y me felicitó, y hablamos un momento más, y después me alejé, y me fuí pensando, quién tuviera una Magdalena como ella...

ODELA OCSIGNARF.

El hecho de que este periódico publique trabajos firmados, no quiere decir que se hace solidario de ellos.

Agradecimiento

Los redactores de EL CERVANTINO que, no estamos poseídos de ningún título académico, y que hasta si se quiere, somos unos pobres chicos indocumentados, agradecemos infinitamente las lecciones de prosodia, ortografía, sintaxis, analogía y de filología, en fin, que nos dan los señores de «La Libertad» en su último número.

No obstante, nosotros que, según ellos, debíamos estar acudiendo a las clases nocturnas de adultos para aprender mejor el idioma del gran Cervantes, les reproducimos gratuitamente el siguiente parrafito, alarde literario, tal vez, de los Maestros Nacionales y Ambulantes